

AUTOR

Mónica Codina Blasco
Universidad de Navarra
mcodina@unav.es

ESTUDIO

RECIBIDO
7 de julio de 2009

ACEPTADO
17 de septiembre de 2009

PÁGINAS
De la

ISSN: 1885-3654

Nuevos entornos de la comunicación. Indicadores sociales de la cultura del NeoRenacimiento

New environments of communication. Social
indicators of NeoRenaissance culture

El fin de la llamada cultura moderna coincide en el siglo XX con el surgimiento del *nuevo espacio público* configurado desde los *medios de comunicación*. El ecosistema mediático se convierte en lugar privilegiado donde detectar las señales de una situación de cambio social. La situación invita a revisar la función que corresponde a la comunicación pública equilibrando su carácter de mediación y su carácter activo; así cómo a señalar las claves para interpretar su función representativa, en un momento en que las tendencias sociales indican propuestas para un cambio de época.

PALABRAS CLAVE: Clave: espacio público, acciones de comunicación, tendencias sociales, Neorenacimiento

The end of the modern culture coincides in the 20th century with the emergence of a new public space formed from the mass media. The media ecosystem turns into privileged place where to detect the indicators of the social change. The situation invites to check the function that corresponds to the public communication. It is necessary to reflect about its character of mediation and its active character. This way could to indicate the keys to interpret the representative function, in a moment in which the social trends indicate offers for a change of epoch.

KEY WORDS: Public Sphere, Actions of Communication, Social Trends, NewRenaissance

1. Introducción

El comienzo del siglo XXI constituye un momento singular de la cultura de Occidente, que hereda de las complejas vicisitudes del siglo XX una fuerte conciencia de los límites de la cultura moderna, señala las contradicciones sociales que la acompañan, pero todavía no ha formulado el ideal de hombre que aspira a ser. Sin duda, este escenario constituye el estado de cosas en que se están generando nuevos espacios de comunicación y, por tanto, de creación de cultura (Codina: 2004). La situación se parece a aquella del siglo

XIV en que la aparición de una multiplicidad de problemas en todos los órdenes de la cultura y del saber humano, se vio acompañada por las indicaciones de dirección que supieron señalar, con mayor o menor acierto, los hombres que construyeron la cultura del Renacimiento.

Si el siglo XX ha sentenciado, por medio de personalidades tan dispares como las de Romano Guardini (1995) o Gianni Vattimo (2007), el fin de la época moderna, ahora la situación invita a elaborar una o varias propuestas de carácter cultural, que afronten la pregunta acerca de lo que queremos o podemos llegar a ser. La percepción de ciertos indicios de cambio social estimula la tarea de descubrir cuáles son las tendencias que ya orientan o que podrían orientar el nacimiento de una nueva cultura.

Si el fin de una era coincide con el desgaste de los presupuestos que la fundaron, con la experiencia de sus límites, también le acompaña el nacimiento de una nueva sensibilidad, que en este caso tiene uno de sus primeros detonantes en la revolución del 68, toma una dirección diversa en los años 80 (Llano: 1988), para desplegarse hoy con características más definidas. Esta nueva sensibilidad ofrece algunas indicaciones de dirección que pueden ayudar a orientar una situación de novedad y cambio emergentes. La ocasión invita a considerar si estamos ante una situación cultural similar a la del Renacimiento, que estimula a proponer las bases para una nueva comprensión de la cultura.

Si la revisión que el siglo XX ha hecho de la modernidad no alcanza a desprenderse de sus presupuestos intelectuales, los problemas sociales actuales invitan a la reflexión práctica; como consecuencia, parece necesario romper la circularidad del pensamiento académico que ha caracterizado la época moderna, de forma que se retome la primacía de la realidad sobre el conocimiento y de éste sobre la comunicación. Efectivamente, se puede aventurar que la revisión crítica no ha tomado suficiente distancia del origen de la cultura moderna, y que hoy ésta resulta insuficiente para articular adecuadamente el entorno social. ¿No será necesario situarse en un punto anterior y corregir la dirección de algunas indicaciones que el Renacimiento dejó como origen del mundo moderno?; ¿no habrá que depurar algo de la mitología que allí se creó?

Si el mundo moderno nace a la luz del mito renacentista, sólo podrá construir un futuro diverso quien se atreva a revisar críticamente la dirección que la razón toma en el siglo XIV, ya que ésta ha modelado desde entonces la comprensión de las diversas ramas del saber y de la cultura. Ahora bien, todavía es más relevante hacer una lectura reflexiva de la herencia cultural que hoy recibimos a la luz de los indicadores sociales que señalan en la realidad direcciones de cambio. En este sentido, no se puede obviar que el fin de la cultura moderna coincide con la aparición de un nuevo espacio público, configurado en gran medida por la creciente presencia de los medios de comunicación. Como consecuencia, el ecosistema mediático se convierte en lugar privilegiado donde es posible detectar los indicadores sociales de este cambio y, por tanto, interesa revisar su rol como conformador de una nueva cultura.

El presente texto no constituye una investigación exhaustiva sobre la problemática enunciada, ya que se limita a ofrecer algunos elementos para la reflexión que puedan inspirar investigaciones futuras y, sobre todo, pretende ayudar a pensar el contexto en que hoy se desenvuelven las profesiones de comunicación y su papel en la configuración del espacio público y de la cultura. El primer objetivo de estas páginas es abandonar los conceptos de modernidad y post-modernidad que han definido el contexto sociocultural de fin de una época hasta el siglo XX, para mostrar algunos elementos sociales que indican un nuevo comienzo de características similares a la época histórica que conocemos como Renacimiento. En segundo lugar, se plantea que el nacimiento de esta nueva época depende de que, como ocurrió en el Renacimiento, se haga efectiva una nueva propues-

ta cultural socialmente operativa y se sugiere el papel determinante que corresponde al ecosistema mediático en la operatividad de este cambio. Se propone denominar Neo-Renacimiento a la determinación y comprensión de sentido de un nuevo periodo histórico que presenta características similares al Renacimiento. Para ello primero se presenta, de modo breve, el significado del Renacimiento como origen de una cosmovisión, después se señalan algunos de los interrogantes sociales que hereda el siglo XXI de la cultura precedente y finalmente se sugieren algunos caminos para la exploración.

2. El Renacimiento como configuración de un espacio público

El Renacimiento constituyó una auténtica revolución cultural, entendida esencialmente como una forma de renovación espiritual en los ámbitos de la cultura, la religión y la política. Ahora bien, ¿cómo se obró ese cambio? Lo que la historiografía ha presentado como característico de este periodo, señala Eugenio Garin, es la conciencia operativa de un renacer que constituye originalmente un programa de renovación cultural que comporta el retorno a los antiguos, es motor de una interpretación histórica y de la elaboración de un mito. El Renacimiento se percibe como un periodo de crisis renovadora, en conexión con la recuperación de la civilización greco-romana, que es entendida como adhesión a la realidad concreta de la experiencia humana, en contraste con la edad oscura del Medievo, orientada hacia la trascendencia (Garin, 2006: 5-6).

Es importante destacar que la decisión de una renovación no es la consecuencia, sino la premisa que hace posible este cambio de época (Garin, 2006: 18). De modo que el proyecto renacentista se consolida con hechos de cultura, diseñando una imagen de la vida y de la realidad que obra en las artes, las letras, las ciencias y en las costumbres, el pensamiento y la educación (Garin, 2006: 13). Por tanto, el Renacimiento constituye un periodo de definición de una época nueva, precedido por la fuerte conciencia de desgaste de la anterior, elaborado por una voluntad explícita de cambio que abre el camino a la cultura de la modernidad.

En primer lugar, los hombres del Renacimiento construyeron un proyecto intelectual socialmente operativo, de tal forma que el movimiento renacentista se traduce en un programa de educación, de inspiración política y empeño civil (Garin, 2006: 26). Este proyecto constituye una transformación práctica de la vida social que incluye la elaboración de una cosmovisión. Como consecuencia, las artes liberales se convierten en artes liberadoras, la técnica y la ciencia se combinan incentivando la investigación, pero además los conocimientos se enmarcan dentro de un ámbito de comprensión ulterior, como se pone de manifiesto en las anotaciones que Leonardo realiza en sus cuadernos o en los escritos de Miguel Ángel. Surgen situaciones de tensión entre cosmovisiones y métodos científicos diversos que la historia ha ponderado ampliamente, como la discusión acerca de las tesis de Galileo (Shea&Artigas: 2006).

En segundo lugar, el Renacimiento proclama el fin de la edad media e incentiva el deseo de renovación, para el que busca en la edad antigua un referente de inspiración. El mito de la vuelta a la antigüedad clásica crece, mientras se consolida la idea de que ha finalizado el periodo de transición entre la crisis de la civilización greco romana y la victoria sobre la barbarie, derrotada por la lengua, la cultura y las artes en general (Garin 2006: 15).

En tercer lugar, cobran fuerza insospechada los studia humanitatis, que se transforman en escuelas de formación humana. Las artes liberales se convierten en artes liberadoras,

no sólo en un sentido espiritual, sino también civil, de tal forma que es el concepto que se elabora de lo humano, y no sólo los avances científicos, lo que potencia la transformación de la cultura (Garin, 2006: 26).

El desarrollo de las bibliotecas y de la imprenta sugieren un nuevo modo de sentir el libro y su función. Algunas obras alcanzan la categoría de textos sagrados, que son leídos directamente por los maestros de escuela, y se insertan en ese proceso de cambio social. Estos “responden a preguntas y necesidades largamente sentidos” y su salida de los conventos significa la laicización de la cultura, así como el comienzo de su eficacia pública. El Renacimiento construye un mito, sobre la fuerza de las ideas que se ponen en circulación y la forma en que se interpretan.

Los libros se convierten en instrumento de comprensión histórica, de sabiduría moral y política, de gozo estético y también en una admirable recopilación del conocimiento de las ciencias y de las matemáticas. El Renacimiento leyó a los clásicos sin intermediario, donde encuentra el sentido de ser hombre y se confronta con el pasado (Garin, 2006: 41).

Uno de los más importantes cambios de esta época, radica en la consolidación de una visión antropocéntrica del mundo sobre la que se diseña una forma nueva de organización pública. Estos cambios marcan de forma decisiva la comprensión del hombre y de la historia. Maquiavelo invierte los ejes de razonamiento hasta entonces vigentes: cambia la operatividad de la virtud por el vicio y alimenta una re-figuración despiadada de la vida (Garin, 2006: 89). El empeño de transformación social convierte la cultura en componente esencial de la política. La formación del hombre que se encarga de la res publica, pivota sobre aspectos formales tales como la erudición o las buenas maneras, iniciando un camino que sustituye la sabiduría o la virtud. Las letras constituyen un elemento formal al servicio de la exigencias públicas y de los grupos sociales.

Uno de los logros renacentistas, es que el encuentro práctico entre disciplinas incentiva el desarrollo del conocimiento. Se desarrolla la mediación entre razón y experiencia, de modo que artistas, matemáticos y arquitectos ponen su conocimiento en juego y se corrigen mutuamente. Como consecuencia, se produce una fructífera convergencia entre técnica, arte, reflexión científica y formulación filosófica. Este modo de alcanzar el conocimiento parte de una curiosidad insaciable, que unida a intuiciones geniales subraya el valor del recurso a la experiencia y a la observación (Garin, 2006: 234).

Se subraya una fuerte independencia de la razón respecto a toda autoridad filosófica y religiosa, que cambia el modo de acercarse al saber. El Renacimiento afirma la fe en la razón, en la experiencia como contacto con la naturaleza, en la máquina que el hombre construye, en la ciencia unida a la técnica, integrada en una concepción general de la realidad. Si la naturaleza se presenta ligada por razones de necesidad, en el arte se trabaja sobre la perspectiva, particularmente desde la pintura, que atiende a la relación entre el ojo y la cosa (Garin, 2006: 53).

El contexto histórico se encuentra lleno de acontecimientos altamente significativos que inciden en la opinión pública, como el descubrimiento de América o las teorías de Copérnico. Durante este periodo se produjo una situación de encuentro entre culturas, particularmente con Oriente, que se sentía como una amenaza.

Las grandes obras de arte realizadas durante esta época componen una meditación sobre el hombre. Se repiensa la relación entre microcosmos y macrocosmos, que se despliega en el carácter antropomórfico de la arquitectura y en un nuevo canon de belleza. Así se refleja en obras como la capilla Sixtina o el Moisés de Miguel Ángel, La Divina Comedia de Dante, o la Escuela de Atenas pintada por Rafael. Estas obras glosan la complejidad del destino humano o la paz filosófica.

3. La esfera pública y sus transformaciones

El siglo que comienza presenta algunas semejanzas con el periodo histórico que hoy conocemos como Renacimiento, cuya descripción se puede argumentar desde tres tesis. 1) Se agudiza la conciencia del final de una época y el desgaste de sus presupuestos, no sólo como diagnóstico intelectual, sino también como percepción social. 2) Emergen problemas sociales que evidencian la insuficiencia de las respuestas que ofrece la tradición intelectual dominante y plantean nuevos retos a la configuración del espacio público, en sintonía con el nuevo ecosistema de la comunicación. 3) Brota la expresión, contenida en esos mismos problemas sociales, de indicaciones que invitan a la creación de nuevas propuestas culturales. Estos tres rasgos caracterizan el contexto en que tiene lugar hoy toda comunicación social, particularmente sensible a la percepción del cambio y desde la que se hace necesario dar respuesta a la realidad social. La novedad radica en que, por primera vez, la esfera pública también se modifica desde los productos de comunicación y éstos se convierten en una de las principales fuentes de creación de cultura (Codina, 2004).

La crítica a la cultura de la modernidad y el anuncio del final de una época han sido ampliamente diagnosticados; sin embargo, no sería sensato proponer un rechazo simplista y universal de la modernidad, sino que más bien conviene detectar las unilateralidades de una civilización orientada sólo a la cantidad (Ratzinger, 1993: 23). Por otra parte, si modernidad y post-modernidad han sido objeto de revisión, todavía no se ha consolidado la forma concreta de un nuevo comienzo. Ahora bien, lo relevante es que esta situación, acompañada por una intensa percepción social de desgaste, contiene una multiplicidad de indicaciones sociales, cuya lectura positiva puede constituir un punto de partida para la elaboración y creación de nuevas propuestas culturales.

La observación del ecosistema mediático ayuda a entrever algunas características emergentes del espacio público que señalan ciertos rasgos de lo que podríamos denominar cultura del Neo-Renacimiento. La observación de estas señales sociales puede ayudar a la elaboración de productos de comunicación que cooperen a la creación o consolidación de una nueva cultura. Entre las características de esta nueva situación se pueden señalar algunas particularmente relevantes.

En primer lugar, se puede aventurar que la emergencia del actual ecosistema mediático ha contribuido poderosamente a la caída de la cultura de la modernidad¹, ya que ha evidenciado las disfunciones de una cosmovisión que parece no responder a los problemas sociales contemporáneos. Estas disfunciones se encuentran en relación con la crisis que ha sufrido la metafísica² y que confluye en el siglo XX con una situación de comunicación global que aspira a consolidar la sociedad del conocimiento.

Si a mediados de los años 60, el siglo XX parecía configurarse como sociedad de la imagen, en los años 80 se propuso por medio de las nuevas tecnologías alcanzar el ideal de la sociedad del conocimiento, sin embargo hoy resulta indudable que sociedad del conocimiento y sociedad de la información no se identifican. El conocimiento es más que abundancia de datos informativos. Así el uso de la red no es sinónimo de conocimiento, ya que éste no puede prescindir de quien con autoridad epistemológica y deontológica lo garantice (García Noblejas, 1998: 81). La situación es igual a la que se produce cuando alguien entra en una gran biblioteca, si no sabe qué busca, cómo buscar y para qué buscar, la proximidad y facilidad con que puede acceder a una multiplicidad de textos no se traducirá en un mayor conocimiento. Lo que en términos prácticos redimensiona la responsabilidad social de los profesionales de la comunicación y la centralidad de la persona

como sujeto cognoscente.

Todavía más, si el problema del conocimiento es correlativo al problema del significado de la realidad, esto es a la metafísica, la ontología de la comunicación, como indica la práctica profesional, se encuentra obligada a formular la pregunta sobre el modo en que se relacionan realidad, conocimiento y comunicación.

Ahora bien, cabe señalar que el siglo que comienza ha heredado una compleja situación de fragmentación del conocimiento. Si en el Renacimiento hombres como Leonardo o Miguel Ángel se convirtieron en síntesis del conocimiento, poco después, la Enciclopedia evoluciona hacia su total fragmentación. Sin embargo, hoy la exigencia de comprensión-explicación de la realidad (Ricoeur, 1987) invita a realizar un esfuerzo por alcanzar una nueva integración del saber, que indudablemente no puede tener las características de las anteriores. Esta síntesis más bien apunta hacia la complementariedad del conocimiento, el respeto y la comprensión de las diferencias metodológicas propias de cada ciencia, la búsqueda de su coherencia y corrección mutuas, ya que una situación de contradicción entre ciencias normalmente indica cierta ausencia o mala dirección en el conocimiento. En particular se presenta la necesidad de encontrar el modo de articular el conocimiento adquirido por las ciencias humanas y las ciencias experimentales.

Efectivamente, la biología y las neurociencias han avanzado rápidamente en la última década, pero el conocimiento adquirido todavía no se ha contrastado desde los diferentes ámbitos del saber (López Moratalla, 2006). Aquí aparece una primera indicación para la investigación y la renovación de la cultura, determinar cuáles son los trazos de conocimiento adquirido a los que apuntan las diferentes ciencias, particularmente sobre el conocimiento del hombre y del mundo, y tratar de alcanzar un saber mejor articulado. La posibilidad de recuperar cierta unidad del saber se encuentra en la disposición de escucha atenta al conocimiento de la realidad que proviene de las diferentes ciencias. La unidad es posible porque la realidad es una y la razón, en cuanto potencia abierta al conocimiento, también lo es.

Por otra parte, del uso de los nuevos medios emerge una cultura que busca formas de relación interpersonal que tienden a recuperar el sentido humano de la técnica. Todavía no se han agotado las posibilidades técnicas, pero los nuevos medios han proporcionado estructuras de socialización, donde la dimensión humana de la comunicación sigue siendo importante. El uso de las redes sociales –facebook, tuenti, etc.– revela el sentido humano que conviene al uso de la técnica³. Esto es, si la técnica conserva un valor instrumental –capaz de originar una revolución social–, las ideas, el conocimiento, la creatividad, la iniciativa, así como la comunicación siguen estando en manos del hombre.

Dentro de este contexto es lógico que se vuelvan a apreciar las cuestiones de sentido y, sin embargo, el debate generado desde los medios no parece apto para un auténtico diálogo social. Algunos fenómenos ya clásicos como el de la agenda setting o la espiral del silencio lo ponen de manifiesto. Ahora bien, si renace la preocupación sobre el significado de la realidad y las cuestiones de sentido, nos acercamos a la reflexión sobre verdad y ethos. Incorporarse a esta reflexión supone, sin duda, encaminarse hacia un uso más pleno de la razón humana y recuperar el valor metodológico propio de cada disciplina y profesión.

La necesidad de hacer un uso humano de la técnica se pone de manifiesto también en la creciente sensibilidad ecológica. La demanda social de respeto hacia la naturaleza y el medio ambiente, la preocupación por los efectos del cambio climático, invitan a modificar la lógica del conocimiento científico. Si la ciencia moderna refuerza el método de análisis y descomposición, de dominio e intervención sobre la materia, la sensibilidad ecológica invita a reconocer el significado de la realidad natural y a evitar toda forma de

intervención violenta. Se trata ahora de coordinar la dimensión contemplativa y operativa del conocimiento, de la que nace un deber ético. Los productos de comunicación ya se mueven en esta dirección, como se pone de manifiesto en la elaboración de estrategias de comunicación comercial en torno a la producción y consumo de productos ecológicos. Por otra parte, en los conciertos organizados con el lema Live Earth el 7 de julio de 2007, se presentaron una serie de spots publicitarios convocando a un comportamiento responsable. Tras indicar diversos modos en que es posible contribuir a la conservación del medio ambiente, una voz sugería: responde a la llamada, invitando a adquirir un compromiso de carácter personal.

La creciente sensibilidad ecológica pone de manifiesto que ha caído el mito del progreso científico y ha crecido la conciencia de su no necesaria identificación con el progreso humano. Ciertamente la explosión de la bomba atómica simboliza como ciencia y técnica se convierten en una forma de poder (Jungk: 1959), que adquiere valor económico y transforma las relaciones en el interior de la comunidad científica. Al tiempo el hombre permanece irremediamente frágil ante la experiencia de su capacidad de dominio sobre la realidad y, particularmente, sobre otros hombres. Como consecuencia, resulta difícil pensar que la lógica social de la acción humana se pueda fundar en elementos de control de un poder sobre otro, sino que como sugiere Hannah Arendt, se descubre que un orden de la vida que se funda en la experiencia social del perdón y de la promesa, puede superar la impredecibilidad y la irreversibilidad de la acción humana (Arendt, 1998: capítulo V).

La consideración de la ciencia como una forma de poder se refleja en las decisiones sobre financiación de la investigación y finalización de los resultados, así como en las políticas de salud pública. La lógica del mercado se ha hecho fuerte y puede llegar a desplazar la lógica de servicio que debe acompañar cualquier tipo de actividad profesional. Ahora bien, si hasta ahora los conocimientos de la ciencia se trasladan asegurando el rédito económico, por el contrario las nuevas tecnologías ofrecen un nuevo espacio para la comunidad de conocimientos. Un fenómeno como el de la enciclopedia Wikipedia, con todos los problemas que plantea su autoría y fiabilidad, es indicativo de la tendencia a una actividad multitudinaria y desinteresada de transferencia de conocimiento.

En definitiva, se vislumbra que el problema de la relación entre técnica, poder y hombre, no se resuelve desde la perspectiva que otorga una racionalidad instrumental, sino que presenta una dimensión ética. Mientras no se subraye la necesidad de pensar en el significado de ser humano no será posible dar respuestas.

Por otra parte, es fácil detectar una hipertrofia de la política en la conformación del discurso social. Esta hipertrofia se caracteriza porque todo tema es susceptible de un tratamiento comunicativo de carácter político o ideológico, expresado por medio de un discurso en que prima la opinión sobre la información y que tiende a impedir el conocimiento. Esta maleabilidad del discurso se apoya en la dificultad de elaborar un discurso público sobre el fundamento ético de la vida social, lo que reduce todo debate a cuestiones procedimentales y, como consecuencia, de carácter político.

Es interesante observar que las encuestas señalan un creciente desinterés del ciudadano por la política y un elevado grado de desconfianza hacia los políticos. Cada vez más, la democracia aparece como un sistema necesitado de correctivos. Su idealización política sucumbe ante las secuelas de la moral formal kantiana que se trasladan a la organización política. Jürgen Habermas al proponer el paradigma del procedimiento democrático como garante del sistema moral y de sus valores, se sitúa dentro de una nueva forma de utopía política (Habermas-Ratzinger: 2006). Más allá del carácter irrealizable de esta propuesta, las contradicciones que de aquí se derivan son inmediatas y operativas: el intento de quienes ostentan el poder, también en las democracias modernas, de dictar un modelo ético

social; la paradoja de una legislación identificada con la única forma de ética posible; así como la invitación al desarrollo de una ética social basada en la auto-regulación o regulación del uso de la técnica y de las instituciones (Sádaba, 2001). Como consecuencia, el Estado puede eliminar con facilidad toda instancia crítica y el individuo puede abandonar su libertad poniéndola en manos de la legalidad. Con todo, hay hechos recientes altamente significativos, que han puesto de manifiesto la superioridad de la cultura y la iniciativa social frente al poder estatal, cuya expresión se puede sintetizar en la caída pacífica del muro de Berlín. También resulta sintomática la emergencia de lo que la sociología denomina agencias de significación colectiva.

La globalización ha originado sin duda un nuevo escenario. Una de las consecuencias del alcance global de la comunicación es que el encuentro entre sistemas culturales heterogéneos anula distancias en la esfera pública. La relación entre Islam, cristianismo, cultura y política es ocasión de algunas situaciones de tensión en las que el papel de los medios es sin duda relevante. Ahora bien, es interesante observar los desajustes que se producen en el discurso público, cabe señalar a modo de ejemplo la respuesta política que se suscita en Oriente con motivo de la publicación de unas viñetas en que se representaba a Mahoma, o las reacciones posteriores al discurso de Benedicto XVI en Ratisbona. En el primer caso, los medios en Europa reaccionaban haciendo una defensa de la libertad de expresión, entrando en un debate necesario sobre sus límites, aunque poco significativo para Oriente, donde la revuelta revestía carácter político (Codina-Rodríguez Virgili, 2007). Desde otra perspectiva, Benedicto XVI ha desarrollado un gran esfuerzo para entrar en diálogo con los representantes del mundo cultural islámico, tratando de incentivar la búsqueda de la racionalidad de la fe. Por otra parte, nacen iniciativas interesantes que se sirven de las nuevas tecnologías, como por ejemplo la de la reina Rania de Jordania que ha usado las redes sociales, escribiendo en árabe y en inglés, como instrumento para tender puentes entre Oriente y Occidente.

El fenómeno religioso es una constante humana. Algunos actores sociales se han propuesto abordar la situación desde una perspectiva positiva, así Nicolas Sarkozy, quien ocupó el ministerio de culto en Francia, considera que la República debe crear un espacio adecuado para las religiones, ya que éstas son motivo de esperanza (Sarkozy, 2006: 23). La experiencia de la diversidad religiosa y cultural constituye un desafío práctico, que invita a incentivar la reflexión sobre el papel y el modo en que se relacionan política, cultura y religión.

Por otra parte, cabe señalar que el siglo XXI comienza con la experiencia social de una cultura contradictoria. Así, mientras la guerra y la pena de muerte son condenadas por la opinión pública, el aborto o la eutanasia parecen abrirse paso con relativa facilidad. Si la sensibilidad hacia los más débiles se traduce en políticas dirigidas a la integración de los discapacitados psíquicos o físicos y a la adaptación de ciudades sin barreras, al tiempo, se promueve la realización anticipada de pruebas diagnósticas y se califica el aborto como solución terapéutica. Mientras se fortalece el sentido de la igualdad social, todavía perviven algunas formas de discriminación femenina, como la publicidad sexista o los movimientos que defienden la legalización de la prostitución y su estatus de profesión, a la vez, que se quiere controlar policial y judicialmente a las mafias que trafican con mujeres (Pérez Oliva, 2009). Se trata de posiciones racionalmente contradictorias que conviven en el ámbito público, quizá sustentadas en una moral de eslóganes, pero que necesitan una profunda reflexión racional.

A su vez, la segunda mitad del siglo XX ha experimentado la globalización de forma paradójica, subrayando, ante el peligro de la uniformidad, las diferencias. El mercado y los productos de comunicación conectan universos distantes que corren peligro de perder

su identidad, se ha sentido lo global como una amenaza sobre lo local. Sin embargo, la realidad ha evolucionado en otra dirección. Hoy se comprende mejor el valor global de la realidad local y la necesidad de adaptar un producto global a las particularidades de la realidad local (Morace, 2009). La actividad empresarial ha encontrado formas para coordinar realidades aparentemente opuestas, así la marca Zara aplica el mismo modelo de negocio, pero se implanta con perfiles diferentes en los países de Europa, Oriente y Asia. La pluralidad de culturas y el deseo de protección del *genius loci* pone de manifiesto el valor extraordinario de la diversidad como forma típicamente humana de realización.

La coordinación de la diferencia y la búsqueda de unidad no son sinónimos de uniformidad, sino que pueden ser ocasión de aplicar la estrategia del colibrí (Morace, 2009), una multiplicidad de elementos que se encuentra de modo fecundo, sin perder la propia identidad, en una dinámica creativa. Esta perspectiva constituye una intuición práctica que recupera la dimensión humana de la economía. A su vez, la reciente crisis económica ha puesto como uno de los centros de debate intelectual la revisión del modelo capitalista cuya refundación ya se ha planteado. En esta dirección se pueden señalar indicios de cambio que se expresan por medio de proyectos como The Renaissance link, una fundación sin ánimo de lucro creada en 2009, que trabaja sobre la creación de un nuevo modelo de empresa.

La afirmación de la pluralidad no se contrapone al deseo de protección de aquellos bienes que señala la Declaración de Derechos del Hombre; sin embargo, la reflexión sobre aquello que es un bien humano fundamental y su reconocimiento ético, legal, institucional, político o social, alcanza modos diversos de realización práctica. La segunda mitad del siglo XX ha tenido la percepción de vivir dentro del politeísmo de los valores (Scheler, 1942) dentro de universos inconexos, y sin embargo también es posible experimentar la existencia de bienes humanos que unen esa disparidad de mundos. En el interior de la sabiduría fundamental que atraviesa las civilizaciones hay más de común y compartido que de diferencias particulares. Lo primero que todo hombre comparte es la realidad de ser humano; después el hecho de habitar en este cosmos y no en otro, ya que más allá de la disparidad cultural puede reconocer la estructura ontológica del mundo; por último, no resulta difícil compartir el reconocimiento del valor moral de la acción humana.

La refutación del fundamento y de las consecuencias prácticas de una ética compartida se puede rechazar desde la reflexión teórica, pero esta actitud resulta imposible en la práctica. Además de la experiencia que cada hombre realiza sobre la elección moral, la vida social no es posible sin una exigencia de compromiso ético. El fenómeno básico que representa este hecho es el del valor de la palabra dada y su forma social más práctica es el contrato.

Esta imposibilidad pone de manifiesto que pertenece a la esencia del *ethos* gozar simultáneamente y siempre de una dimensión personal y social. No hay ética si no hay compromiso y realización de la persona, pero tampoco hay aprendizaje y exigencia ética si no es en el contexto de una sociedad. La dimensión ética de la persona se juega en su libertad interior y es exigible, aunque no se pueda imponer, desde la esfera pública.

La lectura típica del siglo XX a este respecto ha interpretado la dimensión ética de la vida humana como una forma de regulación que progresivamente ha trasladado de las personas hacia las cosas: los códigos deontológicos y de conducta profesional, los organismos de regulación y autorregulación, la ley como norma moral suprema, el procedimiento democrático como garante del derecho y la justicia, son algunas de sus manifestaciones. Ahora bien, la dimensión moral del hombre no se puede reconocer si no se experimenta como empeño por la libertad, ya que ésta tiene que ver con el centro del hombre y su libertad interior.

Por otra parte, los productos de comunicación adquieren hoy nuevas dimensiones como formas de expresión de la creación y del arte. La llamada nueva publicidad se conciben como un producto de culto que invierte la lógica de la comunicación comercial, ya que no satura el espacio sino que es buscado por los públicos. El ecosistema de los medios ha borrado de algún modo las fronteras entre las diferentes formas y fines de la comunicación. La complejidad del fenómeno tiene uno de sus exponentes en el desarrollo de la campaña electoral que conduce a Barak Obama a la presidencia de los Estados Unidos. El video con tono neoyorquino que acompaña a la campaña Yes, we can está construido como un producto cultural de elite, que mezcla la voz del candidato pronunciando un discurso con las voces de iconos de la cultura contemporánea. La secuencia de imágenes parece representar a todos. El producto une arte, belleza, experiencia, valores morales y tiene carácter universal.

1000 Journals film narra un experimento artístico. Someguy reparte desde San Francisco mil libretas en blanco preguntándose qué hará la gente con ellas. Al cabo del tiempo recibe una de las moleskines, pero se pregunta dónde estarán las otras y se propone encontrarlas abriendo una página en la red. El proyecto combina el uso del correo postal, el lápiz y el papel, con las nuevas tecnologías, buscando una experiencia humana. El documental elaborado por Kreuzhage pone de manifiesto la densidad humana de esta experiencia. La necesidad de pertenencia a una comunidad, la relación que se establece con las libretas, el sentido de posesión de un objeto, la libertad artística y su potencial capacidad de ofensa, el respeto a la expresión religiosa. En definitiva, la presencia de una página en blanco contiene la pregunta sobre el sentido de la propia vida.

En definitiva, los rasgos sociales de esta cultura emergente apuntan hacia la recuperación de la dimensión humana del conocimiento y del uso de la técnica, así como al desarrollo de un discurso social donde comparezca cierta síntesis del conocimiento enmarcado en las cuestiones de sentido y la aparición de nuevas formas de comunicación como creadoras de cultura.

4. Líneas para una nueva cultura

Que se produzca este Nuevo Renacimiento depende de quienes propongan la idea de hombre y de mundo que se quiere alcanzar, así como del proyecto que adquiera mayor eficacia operando sobre la realidad cultural. Como señalan los analistas de tendencias, el futuro no se puede predecir, sino solamente proponer (Morace, 2007), quedando un amplio margen de lectura y espacio para la creatividad humana. Es aquí donde las acciones de comunicación pública juegan un papel decisivo.

Quien quiera mirar con una perspectiva de futuro y superar las coordenadas heredadas de la cultura moderna, no puede seguir razonando desde los límites que imponen sus parámetros. Una mirada al Renacimiento puede ayudar a recuperar el sentido de la renovación de la cultura que allí se forjó. Hoy como entonces, permanece el deseo de ganancia de libertad, de conocimiento, así como de experiencia de la belleza.

Ahora bien, toda elaboración de un nuevo proyecto cultural que quiera ser socialmente operativa está llamada a actuar y realizarse también dentro del ecosistema mediático. En este sentido se pueden realizar algunas propuestas para la reflexión.

En primer lugar, el ecosistema mediático puede colaborar positivamente a la elaboración de un nuevo mito, ya que actúa como instrumento privilegiado con capacidad de configurar un nuevo imaginario social. En este sentido, el ecosistema de los medios ofrece la posibilidad de abrir camino a la creación de un nuevo mito socialmente operativo, de

situar la historia humana en la época de un nuevo comienzo, esto es de hacer propuestas que puedan llegar a constituir una nueva cultura. Esta intención exige cultivar una mirada atenta hacia la realidad e interpretar el significado de los indicios de cambio, las situaciones de conflicto, así como las tendencias sociales emergentes.

Para ello conviene repensar el carácter asimétrico que corresponde a toda forma de comunicación pública. Lo que significa que el profesional no se encuentra en una situación de igualdad con los públicos, sino que goza de cierta autoridad, que nace de su particular competencia profesional. Esta posición constituye una invitación a superar la forma del debate creado por las ideologías y acercarse a una idea racional del hombre y del mundo. Este modo de razonar permite alcanzar mayor libertad para pensar y para comunicar desde el respeto, así como supone el esfuerzo por recuperar el significado de la realidad y aprender a transmitirlo de forma certera dentro del espacio social.

En segundo lugar, los medios de comunicación pueden contribuir a que en el espacio público comparezca cierta unidad del saber. La divulgación del conocimiento ofrece la posibilidad de mostrar su conexión con otros saberes, así como de atender a su significado humano. En esta dirección, la acreditación del valor cognoscitivo de las diferentes ciencias comporta un mayor aprecio por la diversidad de métodos de conocimiento, una mayor capacidad de aceptar su complementariedad y capacidad de corrección mutua. No es poca la dificultad que entraña hacerse al hábito intelectual característico de una disciplina ajena, o comprender y respetar el sentido con que usa algunos términos específicos. El lenguaje común lo define con expresiones como tener "mente jurídica" o "capacidad espacial", significando tanto una habilidad intelectual como el sentido de pertenencia a una comunidad científica. Aquí aparece un nuevo reto para la comunicación, la comprensión de los elementos distintivos de cada saber y su método propio resulta cada vez más necesaria para entrar dentro de un contexto de divulgación. Pero todavía más, la distinción entre los diferentes niveles de argumentación, las posibilidades y los límites de cada ciencia o profesión, el objeto de estudio para el que es adecuada, es imprescindible para realizar una comunicación ciudadana que permita ganar en conocimiento y libertad. El respeto al estatuto y alcance propio de cada conocimiento incide de modo práctico en la clarificación de la esfera pública, así como el respeto por la función social de las distintas profesiones contribuye al orden social.

Si Husserl inaugura la fenomenología del siglo XX invitando a una vuelta a las cosas mismas, esta recuperación del significado de la realidad y del hombre depende del modo en que se produzca la asunción crítica de una multiplicidad de tradiciones, cuyos límites y posibilidades se revelan precisamente en los contrastes que presentan en la esfera pública y que las profesiones de comunicación deben aprender a manejar.

En tercer lugar, los medios pueden hacer crecer la valencia del discurso público racional anterior a la comunicación política. De modo cada vez más evidente los medios de comunicación son actores específicos en la conformación de la opinión pública, del imaginario social, de la participación política y de creación de la cultura. Tras la experiencia social del siglo XX estamos en situación de pensar mejor qué rol social les corresponde equilibrando su carácter de mediación y su carácter activo. La comunicación pública se compone de acciones de mediación comunicativa dentro del entramado social, su carácter de acción es indicativo de la dimensión ética que le acompaña.

En una época sensible a las diferencias, la comunicación pública puede contribuir generar un mayor espacio de libertad social como eje articulador de nuevas formas de convivencia, de desarrollo de las instituciones, de la economía y de la cultura. No en vano se puede afirmar que el gran reto del siglo XXI es recuperar y defender el sentido humano de la libertad. Este debate constituye el problema del fundamento ético de la vida social y de

su organización práctica, siempre limitada.

Roma, Atenas y Jerusalén simbolizan tres cimientos de la civilización: el derecho, la filosofía y la religión. El siglo XXI contiene la llamada a una nueva articulación de los valores que éstas representan. La democracia laica defiende, al menos teóricamente, el pluralismo religioso y la diferencia entre el ordenamiento político, legal y religioso. Ahora bien, el debate sobre la naturaleza práctica de esta separación es cada día mayor, que esto sea así depende en gran medida del espacio que los medios les otorguen en la esfera pública, del modo en que los profesionales entiendan el valor de esta multiplicidad de instancias, así como del frame desde el que se abordan (Sádaba, 2008). Si por una parte la fuerza vinculante de la religión puede ser utilizada como instrumento de manipulación política, por otra, la privatización y relativización de la religión puede privar a la sociedad de su dimensión moral (Ratzinger, 1993).

Por último, desde los medios de comunicación se puede contribuir a la creación de un nuevo espacio cultural. La formación de la cultura se compone de elementos nuevos que originan una situación muy diversa de aquella del renacimiento y de la modernidad. La primacía social de los medios audiovisuales, la disminución de la presencia de las letras, incentiva lo que se ha llamado cultura de masas o cultura popular. Esta forma de formación de la cultura todavía es más difusa y menos reflexiva que aquella del renacimiento. Si los grandes sistemas han desaparecido, sustituidos por las grandes ideologías, éstas fracasan en el siglo XX al tiempo que el encuentro entre civilizaciones diversas obliga a pensar la racionalidad de la fe y el valor de la religión en la formación de la cultura.

Las formas estratégicas de la comunicación tienden a unir la transmisión del mensaje con una dimensión estética, desarrollando productos de naturaleza creativa o incluso artística. Esta situación significa que crece la responsabilidad de los productos de comunicación por la formación ética y estética de las sociedades, ya que se une al uso de las nuevas tecnologías, la publicidad y el carácter experimental de la comunicación, que tienden a constituirse como nuevas formas de arte o al menos de cultura, que contribuyen poderosamente a la formación de la sensibilidad estética.

Como consecuencia si los medios juegan un papel decisivo, resulta esencial la forma en que se desarrollen los estudios de comunicación en el futuro. Si, desde el punto de vista práctico, los profesionales de la comunicación desempeñan un papel en la comprensión de la realidad y la configuración del imaginario social, los estudios de comunicación están abocados a un desarrollo fuertemente interdisciplinar. Este carácter multidisciplinar se encuentra en correspondencia con el papel social que corresponde a las diferentes formas de comunicación y puede convertir las facultades de comunicación en el hogar de las nuevas humanidades. Si duda la capacidad de alcanzar cierta síntesis del conocimiento, de interpretación de la realidad social, de comprensión de la diversidad, el rigor en el análisis, son aspectos necesarios para la formación del profesional. ■

Notas al pie

¹ Conversación con Mercedes Montero en 2009.

² La razón ilustrada que sigue a la duda cartesiana, conduce en el siglo XX a la teoría de la falsificación de Popper, así como a las modernas teorías del lenguaje, situando a la inteligencia humana en una posición de incertidumbre. La metafísica en el último siglo se ha transformado en mero lenguaje auto-referencial (Llano: 1997) y, como consecuencia, niega toda posibilidad de conocimiento, lo que contradice la evidencia de una realidad externa e independiente del hombre. Georg Gadamer en su obra *Verdad y Método* inicia de nuevo el camino hacia la prevalencia del ser y de su significado sobre el conocer, pero este camino todavía no ha concluido.

³ Romano Guardini lo señalaba en los años 50 del pasado siglo, «el hombre tiene poder sobre todas las cosas, pero no —seamos prudentes y digamos todavía no—, poder sobre su poder» (Guardini, 1996: 116). El desarrollo de la ciencia experimental y de la técnica se ha visto acompañado en los últimos siglos por la duda metafísica y la filosofía de la sospecha, viéndose privado de un contexto de significado, o incluso alcanzando un exceso de significado.

Nuevos entornos de la comunicación. Indicadores sociales de la cultura del NeoRenacimiento

Mónica Codina Blasco

Bibliografía

- ARENDRT, Hannah (1998): *La condición humana*, Barcelona, Paidós.
- CODINA, Mónica (2004): "Crear moda, hacer cultura", en *Ars Brevis*, número 10, pp. 43-62.
- CODINA, Mónica (2009): "Tendencias sociales y nuevas propuestas culturales", en *Perspectivas del mundo de la Comunicación*, número 52.
- CODINA, Mónica y RODRIGUEZ VIRGILI, Jordi (2007): "Journalism for integration The Muhammad cartoons", en *Javnost- The Public*, vol. 14, número 2, pp. 31-46.
- GARCIA NOBLEJAS, Juan José (2000): *Comunicación borrosa: sentido práctico del periodismo y de la ficción cinematográfica*, Pamplona, EUNSA.
- GARCIA NOBLEJAS, Juan José (1998): *Medios de conspiración social*, Pamplona, EUNSA.
- GARIN, Eugenio (2006): *La cultura del Rinascimento. Dietro il mito dell'età nuova*, Milano, Il Saggiatore.
- GUARDINI, Romano (1995): *El fin de la modernidad*, Madrid, PPC.
- GUSFIELD, Joseph (1994): *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*, Madrid, C.I.S.
- HABERMAS, Jürgen y RATZINGER, Joseph (2006): *Dialéctica de la secularización: sobre la razón y la religión*, Madrid, Encuentro.
- JUNGK, Robert (1959): *Más brillante que mil soles: los hombres del átomo ante la historia y ante su conciencia*, Barcelona, Argos.
- KRISTELLER, Paul Oskar (1993): *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LEWIS, Clive S. (1994): *La abolición del hombre*, Madrid, Encuentro.
- LIPOVEKSKI, Gilles (2007): *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo*, Barcelona, Anagrama.
- LLANO, Alejandro (1988): *La nueva sensibilidad*, Madrid, Espasa-Calpe.
- LLANO, Alejandro (1997): *Metafísica y lenguaje*, Pamplona, EUNSA.
- LÓPEZ MORATALLA, Natalia (2006): *Repensar la ciencia*, Madrid, EUNSA.
- MORACE, Francesco (2007): *Real Fashion Trends. The cool hunter guide*, Milano, Libri Scheiwiller.
- MORACE, Francesco (2009): *La estrategia del colibrí. La globalización y su antídoto*, Barcelona, Experimenta.
- PÉREZ OLIVA, Milagros (2009) "Prostitución, una esclavitud no tan invisible", en *El País*, 24 de mayo.
- RATZINGER, Joseph (1993): *Una mirada a Europa: Iglesia y modernidad en la Europa de las revoluciones*, Madrid, Rialp.
- RICOEUR, Paul (1987): *Tiempo y narración*, Madrid, Cristiandad.
- SÁDABA, Charo. (2004): "Tecnologías de la comunicación y de la información: retos éticos", en CODINA, Mónica *De la ética desprotegida. Ensayos sobre deontología de la comunicación*, Pamplona, EUNSA, pp. 183-190.
- SÁDABA, Teresa (2008): *Framming, el encuadre de las noticias: El binomio terrorismo-medios*, Buenos Aires, La Crujía.
- SARKOZY, Nicolas (2006): *La República, las religiones, la esperanza: Conversaciones con Thibaud Collin y Philippe Verdin*, Madrid, Gota a Gota.
- SCHELER, Max (1942): *Ética: Nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético*, Madrid, Revista de Occidente.
- SHEA, William R. & ARTIGAS, Mariano (2006): *Galileo observed: science and the politics of belief*, Sagamore Beach, USA, Science History Publications; y (2003): *Galileo in Rome: the rise and fall of a troublesome genius*, Oxford-New York, Oxford University Press.
- SPAEMANN, Robert (1980): *Crítica de las utopías políticas*, Pamplona, EUNSA.
- TOCQUEVILLE, Alexis (1989): *La democracia en América*, Madrid, Aguilar.
- VATTIMO, Gianni (2007): *El fin de la modernidad: nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Barcelona, Gedisa.
- <http://www.1000journalsfilm.com>
- <http://www.therenaissancelink.com>